

«La tierra proporciona lo suficiente para satisfacer las necesidades de cada hombre, pero no la codicia de cada hombre».

Mahatma Gandhi

«Produce una inmensa tristeza pensar que la Naturaleza habla mientras el género humano no la escucha».

Víctor Hugo.

#### AUTORES

RUBÉN ALMARZA GONZÁLEZ — ELENA ALMEDA MIARNAU — GONZALO CAMPOS SUÁREZ — ROSANA CANTÓ PÉREZ — MANUEL CASAL — AVELINA CHINCHILLA — DAVID COLOMA GARCÍA — IGNACIO J. DUFOUR GARCÍA — JAVIER FERNÁNDEZ QUEVEDO — GREGORIO GARCÍA ARRANZ MARIVÍ GARCÍA GALLEGU — LUISA GIL — MIGUEL HERNÁNDEZ GARCÍA MARÍA JOSÉ JIMÉNEZ SALIDO — PAZ MARTÍN-POZUELO — JESÚS DE MATÍAS BATALLA — JOSEFA MOLINA RODRÍGUEZ — ROSA MONTOLÍO ENRIQUE ELOY DE NICOLÁS — ANTONIO NIETO-MÁRQUEZ VENERO — CAROLINA OLIVARES RODRÍGUEZ — NANU ORT. G. — RICARDO ORTA ASENSIO — ENCARNACIÓN ORTEGA — ANA ORTEGA-GIL — TERESA OTEO — DAMIÁN PATÓN FERNÁNDEZ — JOSEP PIELLA VILA — ESTEFANÍA PRIOR CANO — CARMINA RAL — ROSARIO RAMOS SORIA SOFÍA RODRÍGUEZ SÁNCHEZ — LOURDES SÁNCHEZ-MIGUEL CAMPILLOS JUAN MANUEL SÁNCHEZ MORENO — RAFAEL SANTANA — MARIBEL SEBASTIÁN JUÁREZ — DAVID DE LA TORRE — MANUEL TRIGO NOGALES — ANA MARÍA VIGO EDREIRA



VV. AA.

Semillas de bosque

# Semillas de bosque

## VV. AA.

### Relato breve y poesía

Antóloga: Teresa Oteo



Nº 2 - Literatura Solidaria  
PLAYA DE ÁKABA

**ONGAMA**  
INGENIERÍA PARA EL DESARROLLO HUMANO

## PLÁSTICO EN EL MAR

Rosana Cantó Pérez

Salieron del supermercado cargados con bolsas de plástico llenas de botellas de plástico y, cada niño, además, con su pequeño juguete de plástico. Se fueron directamente a la playa a pasar un día inolvidable entre amigos y familiares. Los niños, correteando por allí, sin trabas, alegres, risueños, iban comiendo a su aire las patatas fritas de bolsa que habían adquirido para el aperitivo y bebían cada uno de su pequeña botella de zumo. Se les veía felices. Los mayores estaban relajados, sin tener que pelearse con los niños, en ese espacio abierto donde todo eran risas y buenas vibraciones. Sacaron unas bolsas de frutos secos y vertieron en los vasos de plástico sus refrescos desde sus pequeñas botellas individuales, mientras preparaban la comida. Había algún cocinilla entre los amigos, y por eso compraron un gran pescado para asar a la brasa, según la vieja receta de la abuela, allí mismo en la playa. Era una playa solitaria y tranquila, algo alejada de los circuitos turísticos de la zona, y por eso no dudaron en encender una fogata. La temperatura era alta para la época del año:

—Será por el cambio climático, pero nos ha venido de perlas este calorcito —se reían divertidos, despreocupados.

Dejaron que el pescado se fuera asando poco a poco mientras saboreaban el momento. Pasado el tiempo de cocción, lo sacaron del improvisado horno de leña y admiraron

su fabuloso aspecto, que abría el apetito con solo mirarlo. Hasta algún niño exclamó:

—¡Qué bien huele! —a lo que siguieron las risas por la espontaneidad del chiquitín.

Una vez felicitado, el cocinero comenzó a cortar el pescado para servir las raciones. Todos miraban expectantes. Sin embargo, al abrirlo, la sonrisa del cocinero se congeló en una mueca de horror. Los que estaban más cerca le siguieron en su estupor. En el interior del pescado quedaba a la vista un pequeño muñeco de plástico, de un vivo color rojo, que había quedado parcialmente disgregado en cientos de pequeñas bolitas del mismo tono repartidas por todo lo que se podía observar en el animal abierto en dos. Junto a él se veían también otros trocitos de plástico con reconocibles dibujos geométricos de color verde, que destacaban sobre la carne blanca. Asqueados por aquello, recogieron rápidamente sus pertenencias y salieron a toda velocidad de aquel lugar, dejando tras de sí un reguero de bolsas, botellitas, vasos, juguetes... todo de plástico.

—¡Lo estamos dejando todo sucio!, —gritó un niño enfadado—, ¡en el cole nos han dicho que hay que dejarlo todo limpio!

El tiempo se detuvo unos segundos mientras las miradas de todos se clavaron en aquel niño que insolentemente había rasgado sus conciencias. La madre tiró mecánicamente de su pequeña mano. Como si nadie hubiera oído nada, abandonaron el lugar, aportando así su granito de arena al desastre ecológico planetario.